

UN ENCUENTRO DEL CRISTIANISMO CON LAS RELIGIONES NATIVAS DE IBEROAMÉRICA

María Van Doren, icm*

Introducción

Estas páginas se centran en la experiencia personal de la autora como misionera en México, aunque están fundamentadas en investigaciones académicas hechas, en el Archivo de las Américas, en Sevilla, en la Biblioteca Nacional de Madrid, y en otras bibliotecas y centros universitarios en Roma, Lovaina y México; también, en el desarrollo de algunas ideas ya presentes en mi Tesis doctoral, defendida en la P. U. Gregoriana, en Roma¹. Desde esta experiencia, me atrevo a afirmar, que la práctica misionera que se muestra aquí se puede aplicar, en general, a otras muchas regiones latinoamericanas. Y esto, porque la misión evangelizadora como tal, teniendo en cuenta tanto la riqueza aportada como los errores cometidos a lo largo de la historia, ha servido, y mucho, a la *nueva visión* eclesial, que comenzó a desarrollarse durante y después del Vaticano II, y que puede muy bien resumirse en esta afirmación: Dios se ha revelado y sigue revelándose y manifestándose de muchas maneras y a todos los pueblos². También el concepto “inculturación”³, promovido en los años setenta por el padre Arrupe, anterior general de la congregación de los Jesuitas, ha ayudado para un entendimiento más correcto de la evangelización y un mejor diálogo entre las diferentes religiones del mundo.

* Dra. Teología por la Universidad Gregoriana de Roma. Actualmente reside en México.

¹ El título de mi tesis doctoral: “Imágenes de Dios en el siglo XXI desde la realidad ‘Religión’ de México”, presentado en la Gregoriana, Roma, en el año 2002.

² Cf. *Nostra aetate*, “Declaración sobre las Relaciones de la Iglesia con las Religiones no cristianas”, promulgada en 1965, durante el concilio Vaticano II.

³ *Inculturación*: personalmente, de todo el trato y acepciones que ha recibido este concepto, me quedo con el sentido original que el padre Arrupe y los jesuitas en los años sesenta le dieron. Inculturación es un concepto teológico, frente al contenido mucho más antropológico del término *enculturación*. “Enculturación” se refiere a alguien que, desde su nacimiento o desde muy joven, se identifica con una cultura, mientras inculturación se refiere directamente al evangelio, al mensaje de Jesús que se encarna dentro de una cultura con sus valores y anti-valores; Dios que se manifiesta, se revela, nace dentro una cultura, asumiendo el tiempo y el ritmo de esta cultura para hacerse verdaderamente ‘ser humano’, como lo hizo al encarnarse dentro del contexto del pueblo judío. Doy esta explicación porque, en mi opinión, no siempre se ha tenido en cuenta esta diferencia, ni siquiera en los documentos del magisterio. Cuando se aplica a las personas que tratan de identificarse con una cultura, esto es, a mi modo de ver ‘enculturación’, o tal vez plenamente ‘culturación’, in(ter)culturación, cuando se trata de proclamar la Buena Noticia es verdadera *inculturación*: el mensaje de Dios “metido dentro” de la historia cotidiana de la humanidad.

1. Evangelización ¿conversión, encuentro o sincretismo?

La religión del pueblo Azteca, aunque como tal no existe ya⁴, ha dejado profundos rasgos y prácticas religiosas en el corazón del pueblo mexicano, en especial de la gente de ciertas regiones del campo y aun más de la sierra; lo vemos en las expresiones de su religiosidad popular, siempre mezcladas con las celebraciones de la religión oficial.

No se puede hablar en México de *una* cultura, ni de *una* realidad religiosa. El norte del país es muy diferente del sur, las regiones costeras muy diferentes de las zonas serranas. En la capital esta realidad de extraños y a la vez entrañables encuentros de mundos cultural y religiosamente diferentes, es aún más evidente. En esta última realidad urbana tenemos una multitud de colonias o nuevos asentamientos, ubicados en la periferia, donde la gente sigue viviendo su religiosidad y sus creencias como en sus aldeas de origen, aunque bajo las muchas influencias y presiones que ejerce la gran ciudad. Con frecuencia nos encontramos con grupos de personas emigradas de las zonas rurales que se han identificado con la mentalidad (post)moderna, también en el aspecto religioso. Un grupo que crece cada vez más.

Hago esta advertencia porque creo que es necesario tener conciencia de la diversidad de los países que conforman el Continente Latino Americano (Antillas, Centro América y Sudamérica) y concretamente México. Son naciones tan extensas y de tan variadas culturas, costumbres, creencias y prácticas religiosas que fácilmente se pueden encontrar argumentos para discutir la perspectiva que intento mostrar en este artículo.

Personalmente, sigo defendiendo la tesis de que, en general, se encuentran tres “religiones” en México, con sus características propias pero al mismo tiempo comunes: una religión (y consecuentemente una Iglesia) *oficial*, una religión *popular* y una religión *indígena*. La religión oficial está fundamentada sobre la fe y las creencias traídas por los españoles (y misioneros de otros países) durante y después de la conquista. Esta religión y esta Iglesia desarrollaron en el país un fuerte vínculo con el poder civil, político, militar y económico, tanto para lo bueno como para lo malo. Así pues, la herencia colonial dejó una religión clásica y conservadora, doctrinal y absoluta, jerárquica y clerical, que se consolidó en el periodo de la hegemonía de la cristiandad imperial (apologética del poder), afirmándose sobre, y frecuentemente en contra, de la religión azteca, en un claro intento de *a-raízar* (quitar todas las raíces de la religión del pueblo nativo), consecuencia de la aplicación del principio: *fuera de la Iglesia (católica) no hay salvación*.

⁴ Alguien puede no estar de acuerdo con esta afirmación, y defender que la religión de los Aztecas todavía existe, y que hay grupos que están reviviendo esta religión. En cualquier caso la religión de esta cultura como tal no existe más ‘como religión’.

Los evangelizadores dejaron también la creencia, no tanto la fe, en un Dios bueno y misericordioso, una religión con valores morales y humanos que han ayudado al pueblo a resistir, sobre todo en momentos difíciles de su historia; valores que han dado sentido a la vida, al sufrimiento y a la muerte, incluso dentro de la cultura autóctona. Este es, quizás, el rasgo más positivo de la evangelización colonial: presentar al Dios de Jesús, como un Dios que se hace humanidad, Dios encarnado en la historia, en la realidad concreta de su pueblo.

No sé si las autoridades religiosas tenían conciencia sobre el hecho de que los indígenas eran (y son) expertos en asumir todo lo que les hablara de la divinidad y de crear una religión sincretista: aceptaron lo que se le presentó en el ámbito religioso -con frecuencia se vieron forzados a ello-, pero se quedaron al mismo tiempo con muchas de sus creencias y prácticas religiosas ancestrales. Este carácter sincretista que tomó la evangelización cristiana católica no fue algo evidente pero, desde luego, si real y profundo.

Por otra parte, en los misioneros hubo (y hay) mucha ignorancia sobre la riqueza que encierra la antigua religión azteca que, en muchas de sus expresiones, coincide con la fe cristiana.

“Cuando se habla de las religiones indígenas nunca toman en cuenta la verdadera experiencia y pensamiento teológico propios de los indígenas... Basados en las fuentes y las experiencias indígenas, hemos mencionado que en gran parte de lo que hoy es América [referencia del autor al área de la macrocultura mesoamérica], muchos pueblos con toda seguridad eran monoteístas”⁵.

Curiosamente, el pueblo mexicano, fiel a la Iglesia oficial en sus sacramentos y prácticas, fue desarrollando al mismo tiempo que la fe cristiana, su propia vida religiosa, sin tomar como absolutas las reglas y obligaciones que se les imponían desde fuera⁶; contrariamente a como sucedió en muchas regiones de Europa, muchas veces bajo la influencia del pensamiento religioso jansenista. Posiblemente ésta sea la razón por la cual los mexicanos, a mi entender, no van a dejar fácilmente su fe y su religión católica, como ha pasado en gran parte de Europa en el momento en que se empezó a cuestionar lo absoluto de la fe, de las creencias y doctrinas, de las

⁵ SILLER, A., “El monoteísmo indígena”, en: CENAMI, *Teología indígena, Tomo II*, Segundo Encuentro-Taller Latinoamericano, Panamá - Ecuador 1994, 80-99, aquí 80. Los textos que uso en este artículo son tomados de mi tesis doctoral.

⁶ Como mujer europea, de Flandes (Bélgica), me extrañó siempre que la gente no se tomara en serio mandatos que en mi cultura y, posiblemente en otros tiempos, eran inapelables, como la asistencia obligada a la Misa del domingo. Por lo que he observado desde hace años, aquí no existe una conciencia culpable cuando se incumple con este “mandamiento”. En parte, puede ser que influya el hecho de que en muchas regiones no tienen Misa dominical por falta de presbíteros ordenados. En las zonas rurales, un sacerdote puede llegar a tener bajo su responsabilidad entre diez y cincuenta comunidades.

prácticas litúrgicas y religiosas.

También influyó en esta identidad religiosa sincrética cristiana-azteca, sin duda, la falta de agentes evangelizadores bien preparados y lo extenso del territorio a evangelizar, que impidió dar una buena y continuada catequesis a los apartados poblados indígenas. Otro aspecto a tomar en cuenta, para ver lo relativo del encuentro entre el evangelio y la religiosidad indígena azteca, es la mentalidad latina (no exactamente indígena), que no toma las cosas de manera tan absoluta y contundente como los europeos del norte o anglo-sajones⁷. La fe de transmisión latina se hizo fácilmente *sincretista*, incorporando el pueblo azteca su propia riqueza religiosa a la riqueza que la religión cristiana representaba.

Salvando distancias de tiempo y cultura, algo así debió acontecer en la misión de Pablo, y en la primera evangelización de las regiones germanas. Lo que resulta impactante es descubrir el fuerte sentido de la fe-religiosidad que tiene el pueblo mexicano. Tal vez mezclado con supersticiones, elementos no muy ortodoxos, pero su adhesión a la fe cristiana es una realidad innegable. Hay mucha fe y una profunda religiosidad en el pueblo mexicano, responda o no exactamente a los cánones de la religión oficial cristiana.

2. El acento sobre la religiosidad popular

En México, mientras el pueblo creyente sigue practicando su fe dentro de la Iglesia oficial, esta práctica convive con una intensa religiosidad que escapa, en gran parte, al control de los representantes de la religión católica oficial, como tal. Aunque, al mismo tiempo, esa religiosidad popular está dentro y se alimenta con prácticas que tienen un vínculo profundo dentro de la fe y de la religión oficial y responde a ella. En este sentido, es obvio, el cristianismo ha echado raíces en el corazón de la cultura y del pueblo mexicano.

A esta vida religiosa íntima, propia del pueblo, se le conoce como *religiosidad popular*, diferente de lo que se llama 'piedad popular', 'religión popular', o en los casos más socializados 'folclore religioso'. Las autoridades han tratado siempre de reglamentar y gobernar también esta parte de la fe del pueblo, pero la mayor parte de las expresiones sincretistas les escapa, y muchas veces, ni llegan a reconocerlas.

Pero hay muchas *trampas* e incluso *desviaciones* dentro de la religiosidad popular, que no aparecen a los ojos de los no iniciados en esta cultura. Actitudes y creencias que *religan* fuertemente las conciencias y que no son propias del evangelio,

⁷ Esta mentalidad y actitud, muchas veces poca ortodoxa, puede ser también la oportunidad o razón del crecimiento de grupos fundamentalistas en México como, por ejemplo, los Legionarios de Cristo, instituto religioso originario de México, y la fuerte presencia del Opus Dei.

cosas que han esclavizado al pueblo y lo han mantenido sometido durante siglos a poderes que no representan ni proclaman al Dios de Jesús. Sin embargo, la esencia de esta religiosidad, abierta a la acción divina que se dice a través del sufrimiento y de la cruz, salva al mismo tiempo al pueblo, lo libera de la tiranía de la religión. Si no se entiende esto, si se rechaza y se ataca esa realidad paradójica, se niega lo más genuino del proceso de evangelización.

Toda acción misionera debe respetar y apreciar lo que hay en el corazón de la gente sencilla, para poder ofrecer el mensaje del Evangelio, para ofrecer a los hombres y mujeres de una cultura religiosa concreta, el rostro de Dios hecho carne, hecho historia concreta de liberación, real en el tiempo y el espacio; Dios entregado a todos los pueblos y para toda la humanidad. En este sentido, inculturación del evangelio mediante la acción misionera significa dejar a Dios hacerse realidad en y para todos los pueblos. Una religión que no es la expresión de la experiencia religiosa del pueblo, no es tampoco representación de su Dios. Esta *asamblea* del pueblo, con su propia religiosidad, es también Iglesia *católica*, es decir, universal.

No sé qué tipo de religión-religiosidad, la oficial o la popular, tiene mayor responsabilidad en la esclavitud religiosa que sufre secularmente el pueblo sencillo. Estoy pensando en algunas prácticas religiosas que se manifiestan en las iglesias y en los santuarios, prácticas de una penitencia negativa, dura, y de abnegación, a veces, insufrible. Puede que en buena medida, al menos en la realidad mexicana, esas prácticas estén influenciadas por las penitencias rigurosas de la *religiosidad indígena azteca*⁸. Un ejemplo: era costumbre entre los penitentes aztecas poner espigas del maguey en diferentes partes del cuerpo para aplacar y glorificar a los dioses, y esto era lo más leve, no podemos perder de vista los sacrificios humanos (de niños/as, jóvenes, guerreros...) que exigían las autoridades para sus dioses, y que la gente por mucho tiempo, aceptó con resignación. ¿O tal vez no?... Textos históricos críticos advierten que una de las razones por las que los invasores, pocos en número, pudieron llevar a cabo la conquista tan fácilmente, fue porque muchos de los pueblos indígenas estaban hartos de todos esos "sacrificios sagrados".

Hoy, seguramente, esta tradición indígena de penitencia y ascetismo, se refleja con mucha mayor nitidez en la manera de soportar y aceptar los sufrimientos personales y las calamidades que les toca vivir casi a diario. El pueblo indígena afronta el dolor y la opresión desde tiempos ancestrales, lo viven como parte de su propia realidad y lo asumen en la vida como algo connatural a ella. Esto les hizo capaces de aceptar, con bastante calma y mucha resignación, la cara del sufrimiento o de penitencia purgatoria que se manifiesta también en la religión católica.

⁸ Mas explicación y detalles pueden verse en el capítulo V de mi Tesis "El mundo Azteca y las imágenes de Dios," Universidad Gregoriana, Roma 2002, 58-68.

“En América Latina la acción penitencial contiene raíces pre-hispánicas revestidas del catolicismo en su aspecto oficial y popular. ...visto desde fuera parece algo extraordinario: peregrinaciones a lugares distantes y en condiciones lastimosas, las mandas continuas, los sacrificios, sobre todo en la Semana Santa, tales como: cargar cruces, llevar sobre las espaldas las imágenes peregrinas, entrar a los templos en rodillas, etc. Casi siempre estas manifestaciones se llevan a cabo con sentido de purificación y de pedir perdón por las faltas o culpas de las cuales se puede recibir, o se está recibiendo, algún castigo de Dios”⁹.

Me preocupa, cuando escucho cómo muchos servidores de la Palabra, en la catequesis, en las homilias y en las pláticas o en los ejercicios religiosos de centros de formación, se aprovechan, consciente o inconscientemente, de esa inclinación del pueblo a asumir el sufrimiento como “querido por Dios” para mantener la sumisión frente a todo tipo de tiranía opresora. Muchos sacerdotes predicán casi exclusivamente sobre el pecado y la inclinación a la maldad del ser humano, subrayando la culpabilidad personal y las consecuencias de las *desviaciones* de la vida cristiana; cargan a la gente con ‘fardos pesados’ para después ofrecer la salvación a cambio de limosnas, penitencias y ascetismo excéntricos y nada evangélicos... Entiendo que una misión verdaderamente evangelizadora de estos pueblos, debe poner el acento sobre la liberación del ser humano en Jesucristo, la justicia que engendra paz y concordia, la resurrección después de la muerte, la gloria que nos espera en la comunión del Dios de Jesús. En la medida en que se anima a la gente a hacer el bien y ser feliz, en esta misma medida se va hacer el bien y se dejará de hacer el mal y la extorsión, realidades tan opresoras y enraizadas en la historia de los pueblos indígenas.

3. La imagen tanta veces “pervertida” del Dios salvador

En este sentido hay mucha coincidencia entre los diferentes *tipos de religión* mencionadas: la religión *oficial*, la religiosidad *popular* y la religión de los *indígenas*, de una u otra manera tratan de hacerse conscientes de los errores históricos y de superarlos.

La “doctrina” tradicional de nuestra fe católica ha promovido durante mucho tiempo, y por lo que observo todavía lo sigue haciendo en muchos ambientes, la idea de un Dios de castigador y juez, que exige obediencia ciega y penitencias brutales; un Dios que en cualquier momento está probándonos, mandando enfermedades y otras calamidades, para purificarnos. Un Dios que, supuestamente, instituyó un montón de reglas que impiden la relación de amistad y el verdadero amor de comunión entre él y sus fieles, porque la institución humana, sea cual sea su status

⁹ SÁNCHEZ SÁNCHEZ, G., *Religiosidad Popular y opción por los pobres*, México 1988, 104.

religioso (oficial, popular o indígena), con frecuencia proyecta interesadamente no al Dios del Amor presente en toda conciencia religiosa, sino su “imagen del dios” todopoderoso, su ídolo.

En la misión evangelizadora, como en tantas otras cosas, hemos hecho a Dios a nuestra imagen para satisfacer nuestros deseos de poder y maneras de actuar intolerantes: el/la creyente debe comportarse bien para agradar a la divinidad, debe hacer restituciones cuando ha recibido algún bien, debe ser probado para mostrar su valor y su fidelidad... Estas o parecidas normas se aplicaron al Dios predicado al pueblo, olvidando que Dios nos salvó gratuita e incondicionalmente en Jesucristo, sin necesitar de purificaciones externas, sin que hubiera nada que probar, sin exigir penitencias y restituciones de ninguna clase.

La imagen de un Dios justiciero responde también a la necesidad de legitimar un actuar humano vengativo muy propio de las culturas antiguas: las rencillas y los odios entre las personas en estos ambientes, muchas veces se pagan con la muerte. Esta manera violenta de actuar frente a lo que se considera agresión del otro se da, sobre todo, en las zonas rurales: en el campo y en la sierra; pero también en muchos ambientes de la ciudad.

La misión se va humanizando, y por lo mismo divinizando, también en este sentido. Poco a poco se van asumiendo otras perspectivas y otra manera de mostrar al Dios de Jesucristo: Él nos dio la vida, nos la da continuamente, nos hizo “a su imagen” para vivir en abundancia de vida. Éste es el mensaje que hoy queremos dar como evangelizadores, como misioneros/as, incorporándolo dentro de la realidad concreta, dentro de la cultura religiosa del pueblo, pero sin perder un ápice de la riqueza del Mensaje de Jesús, de la Buena Noticia que anima a la conversión y a reconocer al amor de Dios por encima de todo.

La práctica de la vida misionera está, todavía, llena de ejemplos que transmiten la imagen de un Dios “de la institución”, bastante alejada del mensaje del evangelio: un Dios de la ley y del cumplimiento y no el Dios de la misericordia y del amor. Pensamos, por ejemplo, en las parejas cristianas, hombres y mujeres practicantes, padres y madres de familia, coherentes con sus costumbres religiosas, pero no casados por la Iglesia; a estas parejas que se confiesan y viven en cristiano, no se les permite por parte de muchos sacerdotes recibir los sacramentos. En mi opinión, cuando esta práctica sigue siendo una realidad dentro de la comunidad cristiana es un signo más de que el poder de la institución eclesial sobrepasa al Dios de misericordia y de amor. He sido testigo de algunas actitudes incomprensibles: pastores que han llegado a proponer a algunos maridos que dejen a sus mujeres y a sus hijos, lo que significa dejarles prácticamente en la calle, con lo que esto supone de indignidad y de marginación, para comenzar una supuesta “nueva vida” como creyente.

Pienso con frecuencia, en mucha gente pobre que conozco, gente que apenas sobrevive diariamente, jóvenes sin trabajo y sin esperanza de futuro, cristianos que van con tanta fe a los santuarios: lugares de encuentro con la divinidad salvadora... Lo primero que allí encuentra es la casi obligación de adquirir cualquier cosa que representa esa divinidad y pagar por ella. Son lugares (templos) en los que a la gente sencilla, y muchas veces ignorante, se les saca sutilmente el dinero en ofrendas o en reliquias, que no son tales¹⁰.

Mi pregunta es, ¿qué *Dios* estamos presentando desde esas prácticas rituales de la religión oficial? Al pueblo indígena mexicano, como en general a los pueblos explotados de todo el Continente, se les ha dado una imagen paradójica de Dios, por una parte el “todopoderoso y temible”, por otra, “el sufriente”. Ciertamente, el Dios que muere torturado en la cruz, e invita a identificarse con él, conviene mucho a un pueblo crucificado, discriminado y explotado... Resulta muy fácil hacer que este pueblo se identifique con Jesús crucificado, el Dios del Calvario, y muy especialmente con María, la mujer sufriente, la Dolorosa. Lo que se olvida con frecuencia es inculcar en el corazón y en la mente de la gente sencilla, que el sufrimiento de Jesús en la cruz no tiene sentido sin la Resurrección, como nuestro sufrimiento no tiene sentido si no hay resurrección. La certeza de la resurrección da fuerza para sobrellevar todas las experiencias de muerte. Pero, por lo que observo, muchas familias y enseñanzas catequéticas siguen poniendo el acento sobre la abnegación y el ascetismo cristiano, olvidando que no podemos “abnegar” nuestra persona sin abnegar, y muchas veces negar, la obra de Dios que somos cada ser humano. Porque nuestro cuerpo y nuestro espíritu, todo nuestro ser es obra de Dios.

Confieso que me sentí escandalizada cuando vi, en un pueblo de fuerte arraigo en la tradición religiosa, la manera en que representan la imagen de Jesús: en una vitrina el muy valorado Jesús está andando “a cuatro patas”, con las manos y con las rodillas... Me tomó algo de tiempo comprender que se trataba de una de las escenas del viacrucis, “Jesús caído bajo el peso de la cruz”. ¡Qué desgraciada imagen! ¡Qué mal gusto y qué representación errónea de la entrega de Jesús! ¡Qué falta de respeto para Jesús mismo, imaginándolo sin dignidad humana! Podemos presentar a Jesús como verdadero ser humano, igual en todo a nosotros/as (menos en el pecado), pero ¡con toda la dignidad del ser humano!

¿No es eso lo que los torturadores tratan de hacer con sus víctimas, quitarles su dignidad humana? La cultura de la opresión convierte en objetos a los seres humanos, los arrastran por los suelos y luego se las arreglan para “sacralizar” esa

¹⁰ Pienso en el “papamóvil” de Juan Pablo II, y otras cositas que han pertenecido a él y que se encuentran en la basílica de Guadalupe, en la capital de México, donde cada día, interminables filas de gente, naturalmente gente sencilla y pobre, pasan dejando dinero como acto de veneración a algo que no tiene ningún sentido salvador... En mi opinión esto es un abuso, manipular la profunda devoción del pueblo para con su Madre de Guadalupe, y su sincera devoción hacia la figura del papa ya desaparecido.

imagen, esos métodos inhumanos. Los poderosos hacen que las gentes más humildes, que los más débiles, lleguen a mirarse a sí mismos como cosas, objetos sin valor alguno. Esto es deshumanizante y en absoluto responde a una cultura donde el evangelio dice haber echado raíces profundas.

Jesús sufrió, como ser humano que era, y en esta kénosis de su divinidad se quedó para siempre identificado con nuestros sufrimientos, pero esto no quiere decir que podemos quitarle su dignidad humana, Jesús “se humilló a así mismo” pero para dignificar al ser humano. Entiendo que imágenes como la que he descrito tienen la nada vanal intencionalidad de “sacralizar” la situación humillada de muchos hombres y mujeres de este pueblo. Cuando vemos estas imágenes *sufrientes* que pretenden provocar la devoción y la imitación de los pobres en las iglesias parroquiales, no creo que tengan nada que ver directamente desde la religiosidad popular, como pretenden hacernos creer, son especialmente promovidas desde la religión oficial, que predica estas creencias, tal vez indirectamente, poniendo el acento sobre “el ser humano pecador” y necesitado de la redención cruenta, y no hablan de la santidad del hombre y de la mujer liberados en y por Jesucristo. Un ser humano que todavía falla y peca, pero que tiene la seguridad de su resurrección en Jesucristo.

La pregunta, ante este tipo de realidad en la que se mezclan interés y poder camuflados con tintes de religiosidad, es: ¿qué debemos purificar primeramente: a la religiosidad popular o a la religión oficial?

4. La misión hoy: reevangelizar la evangelización oficial

Estoy cada vez más convencida de que la fe del pueblo mexicano, tan grande y tan profunda, sufre bajo el peso de doctrinas no fundadas en el evangelio. Y de prácticas religiosas que convienen más a una institución afirmada en el poder y, tristemente, en la abundancia y en la riqueza. Seguramente, el pueblo las ha adaptado y ampliado, pero no quiere decir que los evangelizadores no tienen el deber de ofrecer otra mirada y otra manera de vivir la fe cristiana. Después de tantos años en México (más de veinticinco) no acepto el argumento de que éstas situaciones se dan por la ignorancia del pueblo indígena, porque estas prácticas son propiedad común, aceptadas y promovidas por autoridades eclesiales que supuestamente deben estar mejor formadas en la fe y más enteradas de las costumbres populares. Me parece, que sólo abandonarían estas prácticas poco evangélicas cuando abandonen su fe como tal, en general cuando el secularismo¹¹ de la (post)modernidad se implante también entre ellos y venza sus creencias y prácticas religiosas tradicionales.

¹¹ Secularismo, que siendo la desviación de la secularización, tal vez ha quitado mucho poder a la institución eclesial, pero también ha logrado poner las responsabilidades donde deben estar: no en el pueblo creyente sino en sus dirigentes civiles.

Por eso, es necesario que clarifiquemos lo que entendemos por *religiosidad popular*, que entendamos sus estructuras de organización comunitaria y sus expresiones más importantes: imágenes, santuarios, peregrinaciones... Toda una mezcla de prácticas y de ritos que tienen que ver con la Iglesia y la religión oficial, pero también con prácticas de la cultura y la religión indígena. Si negamos esta realidad como evangelizadores, en vano trabajamos con la gente, y más importante, en vano tratamos que el Dios de Jesús, el Jesús de los evangelios, se inculture en su cultura y en el corazón de este pueblo, en vano ofrecemos la riqueza de este Dios que sigue encarnándose en la historia, identificándose con la cultura y la historia de este pueblo concreto.

Es verdad que debemos evangelizar siempre desde la realidad del pueblo, pero no podemos quedarnos con una realidad que trae la muerte, ni dar por cierta la idea de que esta realidad opresora que se sigue viviendo, es la que el pueblo mismo, desde su cultura y su propia religiosidad, ha creado. Los aspectos más escandalosos y más inhumanos provienen, innegablemente, de una deformación del mensaje evangélico desarrollado durante siglos.

Así pues, urge reevangelizar la evangelización. Ver de verdad, lo que es el mensaje de Jesús, y lo que Dios quiere hacer hoy con un pueblo. Los pueblos humillados y crucificados de toda la tierra. No es fácil, esta tarea pide mucha reflexión y discernimiento continuo: estar constantemente abiertos/as a la acción del Espíritu, para que el Dios de Jesús pueda seguir haciéndose el “Dios-con-nosotros”, en la historia concreta de las culturas que evangelizamos.

Nos encontraremos, sin duda, con la paradoja de que en los pueblos veremos una lucha continua entre el poder de la Iglesia oficial y los/as representantes del pueblo, y que estos últimos pueden, con frecuencia, ser más clericales que los más clérigos o “más papistas que el Papa”. En la sierra, por lo menos las regiones que conozco, cualquier poder religioso se da cuando el pueblo tiene confianza en alguien que responde al perfil que necesitan en este momento, como se hizo en la estructura del pueblo azteca.

Los hombres y mujeres que llegan a tener una responsabilidad civil en muchos pueblos indígenas, se consideran investidos también del poder religioso. Los dos poderes se identifican porque su vida cotidiana tiene solamente sentido dentro su vida religiosa. Dentro del estado mexicano, los partidos son la base de la estructura gubernamental del país. Es difícil negar esa misma realidad en la estructura de las comunidades cristianas populares. Líderes religiosos, como por ejemplo el sacerdote Anastasio Hidalgo, en la región de Tehuacan (Puebla) respetan al máximo la fuerza del pueblo en su propia organización, porque siendo indígenas ellos mismos, entiende mejor el valor político-religioso que un líder tiene para el pueblo. Esta dimensión religiosa del poder es casi una identidad del pueblo.

Tristemente demasiados sacerdotes indígenas han perdido el contacto intenso con sus raíces, y demasiados sacerdotes no-indígenas e ignorantes sobre esta riqueza, deben trabajar en estas regiones, sin conocerlas a fondo. Si no tienen apertura y capacidad para descubrir esa riqueza, en vano evangelizan, porque el mundo indígena, y eso desde el principio, es muy hábil en incorporar sus propias creencias y camuflarlas como prácticas propias de la religión oficial.

Sabemos que en muchos santuarios e iglesias se quedaron con sus dioses / diosas anteriores. El pueblo azteca tenía poca resistencia en aceptar las imágenes de nuestro Dios, de María y de las/os santos que les ofreció la Iglesia, porque dentro de su religión tenían también representaciones e imágenes de su Dios y sus dioses y diosas. El crucifijo del Jesús Negro de Chalma, santuario a unas horas de la capital, tuvo por muchos años dentro de la cruz, una imagen de su dios indígena, sin que las autoridades eclesiales lo supieran. Cuando entiendes algo de Náhuatl, y estás escuchando algunos grupos de indígenas que se dirigen a María de Guadalupe, en su santuario en la capital, sabes que están dirigiéndose a su Tonantzín, su diosa originaria, y por medio de esta diosa, a María, que es también su diosa cristiana.

No fue nada difícil para los aztecas, ni lo es para el pueblo indígena actual, aceptar representaciones de santos como, por ejemplo, la de san Agustín, con el corazón en mano, como lo vemos en la Iglesia parroquial de Tlalpán, en el sur de la capital mexicana; el dios azteca se revitalizó siempre con los corazones y la sangre de sus víctimas e incluso de las personas sacrificadas a él. Por la misma razón no se escandalizaban ante la comunión cristiana con “la carne y la sangre de Cristo”, porque ellos también compartieron, en ocasiones, la carne de los sacrificados a su dios. La cruz, como tal, tampoco supone un escándalo, como les supuso a los griegos que escuchaban la predicación de Pablo, porque es un signo que les evoca los cuatro puntos cardinales del cosmos, tema muy importantes dentro su cosmovisión religiosa.

Saber eso, tener en cuenta estos “matices” e incorporarlos correctamente en la evangelización y en la catequesis, es fundamental en el encuentro con el pueblo indígena y mexicano, que no renuncia a esta característica de su propia religiosidad y que, todavía, tal vez de modo inconsciente, guardan dentro propias expresiones religiosas.

Las imágenes de Jesús, María y de los santos y santas¹², son muy importante en la vida religiosa de los católicos mexicanos. También en la religión azteca tenían figuras representativas de la divinidad. Estas figuras (María, los santos) no eran ni son dioses, sino solamente representaciones de atributos de Dios, representan lo que el pueblo, las personas buscan de su Dios. En la religión indígena estas

¹² Me remito al capítulo IV de mi tesis doctoral: “Religiosidad e imágenes de Dios”. En los puntos 4º y 5º, he explicado extensamente este tema.

imágenes son *personificaciones* de su dios, proyecciones de lo que esperan de dios. En el encuentro con el cristianismo pueden tener diferentes “Jesuses” y diferentes “Marías”. El Buen Pastor no es el Jesús sufriente en la cruz, el Jesús atado a la columna o sufriendo camino del Calvario; la Virgen del Rosario no es la Madre de los Dolores, y mucho menos María de Guadalupe. Cada uno y cada una tiene su lugar en la devoción del pueblo, y su función en la obra de la salvación; cada uno y cada una de estas imágenes muestran los diversos aspectos de la grandeza de Dios. La evangelización y la catequesis no deben eliminar ese acercamiento de la gente a Dios, sino vigilar que sigan buscando a Dios mismo, y ayudarles a seguir buscando al Dios que se presentó en este mundo, para estar y quedarse con su pueblo. Dar la seguridad a la gente que tiene a un Dios que nunca deja a su pueblo, es el objetivo de la evangelización que se puede llegar a realizar el verdadero encuentro de las dos religiones.

5. La misión, ¿en y desde el corazón del pueblo!

En México, como en cualquier otro país, es fundamental que se de una *inculturación* correcta del evangelio. Cuando llegué a este país, hace muchos años, me extrañó ver cómo trataban las imágenes de los santos o santas: no sólo la tocan, sino que las bañan, las visten, las pasean, las ponen cabeza abajo y de espaldas al pueblo cuando algo les va mal y no reciben respuestas a sus plegarias y súplicas... En pocas palabras, las tratan muy “humanamente”, expresándoles con estos gestos, sus sentimientos de amistad o de enojo. He visto que su *conversación* y su *trato* en la oración son muy directos, porque entienden que por medio de estas imágenes se pueden comunicar con Dios, el Dios que se queda y se quedó demasiado lejos, inaccesible.

Aunque nunca me he podido acercar a las imágenes de igual manera que la gente con la que convivo, ya no me resultan extrañas estas prácticas, porque sé que hay una fe profunda, muchas veces más profunda que la fe de muchos teólogos y líderes religiosos oficiales, que sienten como algo inútil todas estas devociones y estas prácticas religiosas, sin llegar a comprender ni a explicar el sentido que tienen para la gente sencilla. Pienso que sólo cuando estas creencias empiecen a esclavizar al pueblo, quitarle su humanidad, subordinándolo ciegamente a autoridades que aprovechan y empobrecen al pueblo, debemos explicar que Jesús vino para liberar para dignificar a los más necesitados y marginados, no sólo al ser humano, sino a la creación entera.

Esta visión “holística” del evangelio no se consigue culpabilizándolos por prácticas y creencias, aparentemente no muy de acuerdo con la doctrina, sino ofreciendo la certeza de la libertad por la fe, sin prepotencia ni poder, sino al modo de Jesús, como afirma la 1ª carta de Pedro (3,15). Hay que decirle a la gente que la verdadera relación con Dios no se da mediante prácticas religiosas humillantes o paralizantes de su existencia en la pobreza y en la marginación; por el contrario, se da en aquellas que les dan vida y energía para luchar por un mundo más justo y de

equidad para todas y todos: ricos y pobres, hombres y mujeres, poderosos y humildes. Un mundo donde pueden reconocer sus antepasados y recobrar todo lo bueno que les acerca a Dios, para incorporarlo a la proclamación de la Buena Noticia del evangelio. Un evangelio enriquecido por la propia vida e historia del pueblo. Esto es lo que debe ofrecer la fe cristiana, sin imposiciones ni amenazas, sin prepotencia ni poder, al modo de Jesús: con entrega total, metiéndose él mismo entre los marginados y los pobres, sirviéndoles y lavando sus pies, procurando la equidad entre todos: hombres y mujeres, compartiendo la comida y con ella la vida del pueblo. El mundo azteca sentía un profundo respeto por la persona humana, entendiendo que en la humanidad Dios se comunica con sus criaturas y que la persona humana tiene verdadero valor divino; este es un valor que debemos recuperar en el encuentro entre las tradiciones religiosas.

“Para los nahuas..., la relación del hombre con el mundo es relación con los dioses, porque el mundo, como un todo espacio-temporal, es divino... Dentro de este mundo divinizado, el hombre vive la condición de dependencia que le da no sólo el hecho de estar sujeto a las múltiples influencias del espacio-tiempo divino, sino, fundamentalmente, el hecho de ser criatura de los dioses”¹³.

Esta es la evangelización y la catequesis que se debería ofrecer en los santuarios a los que acuden miles y miles de fieles: presentar al Dios que nos hace “criaturas tuyas” y nos llama a vivir en comunión de amor con él, a través de la comunión con la creación entera. El pueblo busca al Dios presente en sus lugares “sagrados”, y debemos ayudarlos para encontrar al Dios verdadero presente en su propia vida.

La autoridad eclesial de esos santuarios, representada por los obispos y sacerdotes, debería cuestionarse si su presencia allí responde a la misión del Reino o si, en alguna medida, no han llegado a dejarse invadir la codicia que supone el comercio de lo sagrado. Los innumerables y confiados peregrinos quieren dar algo de lo poco que poseen a Dios mismo, como si Dios necesitara de las cosas materiales para escuchar sus ruegos... Encuentro extremadamente grave que la Iglesia aproveche esta creencia para aumentar sus ingresos en lugar de catequizar sobre la gratuidad del Dios de Jesucristo. En ese sentido, no hay ninguna diferencia entre acudir a un templo pagano o acudir a un santuario cristiano. Jesús de Nazaret vio algo semejante en el Templo de Jerusalén, y no dudó de lanzarse contra estos abusos, derribó las mesas de los cambistas y los castigó con su brazo y con sus palabras (Mt 21, 12-13). Jesús arremete duramente en el evangelio contra la actitud farisea que pretende “comerciar” con lo sagrado ¿No haría lo mismo hoy en muchos de los santuarios cristianos?

Como hemos visto, con diferentes ejemplos, subsisten todavía muchos rastros de la religión indígena y muchos otros elementos y factores no se quedan integrados

¹³ DE LA GARZA, M., *El hombre y el pensamiento Nahuatl y Maya*, México 1990, 60-62.

en una verdadera fe cristiana. Siempre me ha preocupado, en la misión que llevo a cabo en la Sierra Negra de Tehuacan (Puebla), que no se incorpore suficientemente las tradiciones indígenas en la liturgia de los sacramentos¹⁴. Hice mi tesis de Master (en Berkeley, California) sobre la posibilidad de integrar más y mejor los datos de las ‘iniciaciones’ de la religión indígena en el rito del sacramento bautismal.

a) *El bautismo*. Entiendo que hay elementos que son perfectamente aceptables para dar mas sentido a las prácticas religiosas de nuestra celebración bautismal. Por ejemplo: usamos el cirio, como símbolo de Jesús luz del mundo, y ¿por que no usar el palito de ‘la lumbre’, el ascua del fuego que arde en sus casas y que les sirve para cocinar, para entrar en calor, pero igualmente para alumbrarse por las noches. Ese es lo que usan como antorcha para iluminar sus pasos en la noche? ¿Por qué no se da a la mujer partera, figura clave en la vida y en la curación de los pueblos indígenas, con mucho poder e importancia social, un lugar clave durante la celebración bautismal? Otro ejemplo: el color blanco de las vestidoras, importante en el bautismo, es también el color por excelencia para los muertos en este mundo indígena; se debería catequizar y explicar mejor el uso de ese color, mostrando mas claramente el paso de la muerte a la vida en Cristo. Y hay muchos otros elementos y simbolos que pueden ser incluidos en los ritos de iniciación del bautismo.

b) *La vida en el Espíritu*. El concepto y la idea del *Espíritu* es amplio en el mundo indígena; en la expresión popular e indígena de la religión se habla en plural, de “espíritus”. Esta pluralidad es, a mi modo de ver, una gran posibilidad para ayudarles a vivir la dimensión trinitaria de la fe y de la religión oficial: “Dios es Espíritu”, y el Espíritu es Dios, y el Espíritu es del Padre y del Hijo. Para los indígenas, el Espíritu (espíritus) está presente en todo ser viviente, porque es la esencia de la vida, y la Divinidad, cualquiera que sea el nombre que se le de, es vida. Los indígenas son muy conscientes de esta presencia de Dios como “Espíritu” en todo lo que les rodea, viven diariamente con esta presencia. Confieso que fue entre ellos donde aprendí a vivir el sentido y la importancia del Espíritu Santo: por el encuentro y la convivencia con las comunidades indígenas, por la profunda comunión que vi entre ellos y por sus vínculos espirituales con la naturaleza.

c) *La resurrección*. De igual manera, he aprendido qué significa creer en la “vida eterna” después de la muerte. Para la religiosidad indígena, los muertos siguen estando presentes, porque sus personas no mueren: “la muerte no es el final de una vida”, dicen los indígenas, “porque nuestra gente sigue viviendo, diferente tal vez, en otro mundo (en otra vida)”. En este sentido, la misión deberá fomentar todo lo que ayude a la *inculturación* del evangelio y a la *enculturación* de muchos

¹⁴ He tratado ampliamente el tema en mi trabajo sobre: “Inculturation of Initiation Sacraments en México”, para obtener el título de maestría en el G.T.U. (Graduate Theological Union) de Berkeley, California, en la Escuela de Teología de los Jesuitas (J.S.T.B.) en el año 1991.

elementos sociales, que enriquece el sentido de la fe, especialmente de los sacramentos, comenzando por el bautismo, pero también por todo lo que da sentido y valor a la vida cotidiana de la gente.

d) *El matrimonio*. El rito del matrimonio está muy elaborado en estos pueblos, con muchos simbolismos y actos sociales que tienen un profundo sentido religioso e incluso sacramental. Hasta ahora los dos ritos, el de la Iglesia oficial y el de la religiosidad indígena, se celebran de forma paralela, antes o después del sacramento cristiano. Me pregunto si no es posible incorporar sus ritos a la celebración del sacramento cristiano, en la medida que no provoquen confusión, que no sean contrarios a la fe cristiana. El mutuo enriquecimiento entre las tres dimensiones religiosas: oficial, popular e indígena, la aculturación y la interculturación de todos los sacramentos en la vida de los creyentes cristianos, tenía que ser ya un hecho.

e) *Creación*. La cosmogonía y la cosmovisión del mundo indígena es en gran parte todavía terreno virgen para nuestros evangelizadores; sus relatos nos hacen entender mejor los nuestros, y los relatos del mundo cristiano deben ayudar a los indígenas de vivir más en el mundo de hoy, superando supersticiones. La encarnación de Jesucristo puede llenar de sentido la visión que tiene el mundo indígena de la humanidad.

Concluyendo

La fe cristiana asumió, desde el principio y mediante la evangelización misionera, la riqueza religiosa de muchos pueblos. De igual manera, en nuestros tiempos debe enriquecerse continuamente a través de todo lo que pueblos y personas evangelizadas pueden aportar. No podemos pensar que sólo nosotros somos portadores de salvación desde nuestra fe *inculturada* en Europa y en su cultura, el encuentro con las culturas religiosas de otros pueblos y de otras latitudes debe servir a la Iglesia para repensar y rehacer muchas construcciones filosóficas, muchos de los contenidos teológicos y muchas de las prácticas religiosas de carácter netamente europeo. En América Latina se siente todavía el peso y la prepotencia de una fe instalada en sus raíces occidentales europeas. La verdad es que, cuando se vive la misión se descubre lo mucho que podemos aprender de otras visiones o perspectivas religiosas cristianas, al menos en la forma, aunque tal vez no tanto en el fondo.

“Las sociedades mesoamericanas ampliaron los ejes de valores cósmicos y humanos. Llegaron a percibir la divinidad ya no únicamente como fuente de las realidades que llamamos fuerzas naturales, sino también como principio de todos los valores y del ser mismo, Así, de los mitos estrictamente relacionados con la fertilidad se pasó a otros mitos que penetran más la verdadera esencia del proceso creativo con preciosas valoraciones de intemporalidad, conexión con la adoración (y la necesidad de sacrificio). Aparece así una nueva conceptualización

de Dios *Téotl*... con la que los nahuas quieren decir: *todo lo que hace que Dios sea Dios*"¹⁵.

En el texto de Vaticano II, "Nostra Aetate", se aceptó que la revelación de Dios sigue siendo misteriosa y sigue tomando caminos insospechados, también en otras religiones. Desde que se hizo esa afirmación han pasado más de 50 años y se ha hablado mucho sobre el tema. Jacques Dupuis¹⁶, uno de los teólogos más abiertos a la pluralidad de la revelación cristiana, ha afirmado, a mi entender con acierto, que Dios es más grande que *una* revelación. Dios continúa manifestándose a la humanidad, a la historia... Este dato no es sólo para mantenerlo en el ámbito de los documentos, sino para aplicarlo a la realidad evangelizadora y a las situaciones concretas religiosas de los pueblos que buscan a Dios. De hecho, la manera en que se *conoce* a Dios está condicionada por la realidad de cada pueblo. La religión, desde mi punto de vista, es un hecho sociocultural en el que interviene el contenido que un pueblo concreto le da a la manifestación de Dios en la creación, de ahí que las *cosmovisiones* sean lo primero que aparece en cualquier expresión religiosa. Esto implica que el Dios que proclamamos, en la doctrina y en la liturgia, en creencias y actos, tiene "un rostro" y es proyección de una cultura concreta, antes de ser una fe revelada.

En este sentido, entiendo que no hay ninguna cultura que sea más importante y mejor que otras para decir al Dios de Jesús. Debemos dejar que cada una desarrolle sus "imágenes de Dios" para poder acercarlos al conocimiento del Dios revelado en Jesús, mejor dicho, debemos dejar a Dios andar su camino con cada pueblo, interviniendo cuando sus vivencias y sus costumbres no reproducen la Buena Noticia del Dios que salva y generan muerte, destrucción o aniquilación para los pueblos, para las personas concretas. Se puede hablar del Dios de Jesús como un Dios de Vida, cuando de se reconoce la experiencia que un pueblo concreto tiene de la Divinidad que genera vida, el dios de los aztecas era también un Dios de vida, aunque su presentación, desde los responsables de la evangelización no hayan valorado esta dimensión. Como siempre, los vencedores cuentan la historia como mejor les conviene, sesgando lo que consideran oportuno.

"Las culturas no son terreno vacío, carente de auténticos valores. La evangelización de la Iglesia no es un proceso de destrucción [¡esperamos!], sino de consolidación y fortalecimiento de dichos valores"¹⁷.

"... El reino que anuncia el Evangelio es vivido por hombres [y mujeres] (sic) profundamente vinculados a una cultura y la construc-

¹⁵ SILLER, A., "El monoteísmo indígena", en: CENAMI, *Teología India*, Tomo II, Segundo Encuentro-Taller Latinoamericano en Panamá, Quito-Ecuador 1994, 80-99, aquí 84.

¹⁶ Su libro *Toward a Christian Theology of Religious Pluralism* (Orbis Books, New York 1997) se ha convertido en un libro 'clásico' sobre este tema en el mundo teológico.

¹⁷ Puebla, 401.

ción del reino no puede por menos de tomar los elementos de la cultura y de las culturas humanas... Lo que importa es evangelizar no de una manera decorativa, como un barniz superficial, sino de una manera vital, en profundidad hasta sus mismas raíces de la cultura y de las culturas del pueblo en el sentido más rico y amplio..."¹⁸.

La *religión popular* del pueblo mexicano, tal vez de toda América Latina, se ha convertido en un verdadero modelo eclesial, un paradigma de Iglesia diferente al romano-europeo, y ciertamente, gracias a esta religiosidad enraizada en la vida del pueblo, la fe cristiana ha sobrevivido durante estos quinientos años de evangelización. La fuerza del evangelio no se debe tanto al poder o a la presencia de la Iglesia oficial que, en muchos casos, ni la hubo ni la hay, como a la natural religiosidad del pueblo llano. Esta expresión de la fe-religión del pueblo tiene su propia estructura, más o menos aceptada dentro de la ortodoxia oficial: sus vivencias personales, objetos religiosos, sus ritos, sus costumbres, sus tiempos y espacios sagrados en los que seguir relacionándose con Dios, en lo cotidiano de sus vidas.

¹⁸ Pablo VI...